

REMITIDO

Sr. Director de LA EVOLUCIÓN.

tinencias y privaciones, y más enferma el alma por dolorosas desilusiones de una sociedad canalla que no sabe, que no quiere apreciar desinteresadamente lo que alguien puede valer, triunfando en cambio los imbéciles y los malvados; y encontrará con el descanso sus amores de toda la vida, sus amores soñados, castos, puros, grandes, y por ellos es empujado con mayor vehemencia otra vez a la conquista de su ambicionada gloria, creyendo en su gran corazón que podría triunfar porque la gente sería menos egoísta de lo que él había creído, encontrando sí, como pago a sus ansias, el eterno reposo de su espíritu dolorido en vez del triunfo soñado, arranca lágrimas de una inmensa lástima su fin; lágrimas, que se disuelven en indignación rasgando el pecho de dolor, al ver el insultante contraste de un pueblo enloquecido como bestia felina, que lleva entre sus hombros como a un dios, a aquel ex oficial de herrero, antiguo amigo del poeta, entonces fenómeno ya en el arte incomparable de Cúchares, mientras el cadáver de aquel gran soñador, de aquel «caído» era conducido a su última morada...

Asunto tan manoseado, es verdad, mas no lo suficiente para extinguido, es precisamente causa para otro de los muchos méritos de la obra. Lo que desde hace tiempo viene combatiéndose por ilustres plumas, y en nuestros días casi ha llegado a constituir un apostolado, es presentado por Antonio Guardiola otra vez más, con la vistosa cualidad de la novedad. Porque aunque carezca de originalidad el asunto, ha sabido mostrarlo al correr de sus páginas de un modo nuevo con definido estilo.

Sin ser gran pesimista este «poeta de la Verdad», busca el mal que fustiga sin miramientos, algunas veces hasta saltar sangre; encuentra en el amor como Zozaya un gran elemento para el triunfo, y con la irónica sátira de Zola aunque menos realista, presenta como éste, aunque doliéndose, las llagas de su Patria del alma; y así es que muere «su» poeta, no blasfemando, sino gastado, extinto, pero lleno de amor.

Antonio Guardiola ha triunfado definitivamente.

Mas para terminar, ya que fuera injusto finalizar esta despergeñada crítica sin hacer constar en ella que Antonio Guardiola, ocupa hoy la directoría de la «Biblioteca Museo», fundada por su iniciativa, puesto éste de los de más reconocida competencia; que a fuerza de trabajo y talento, sin más ayuda que un esfuerzo titánico y una inteligencia clara, se ha elevado en tiempo inverosímil a la alta y difícil región de los triunfantes, por estas y otras razones, encontrándose justificadas mis sinceras frases de admiración, al pensador, más que al compañero de la infancia, más que al literato, más que al amigo, aunque para éste sean siempre mis protestas de cariñoso afecto.

FERNANDO MORALES.

Muy distinguido Sr. mío: No siendo-me posible responder particularmente a las múltiples consultas que con motivo de la reaparición en esta villa del Colegio de 2.ª Enseñanza de Ntra. Sr.ª del Carmen, me hacen a diario algunos padres de familia de ésta y de los pueblos comarcanos acerca del mismo, le agradecería a Vd. tuviese la bondad de dar cabida en las columnas de su ilustrado semanario a las cuartillas que me permito enviarle, en las cuales procuro sintetizar la doctrina legal respecto a Colegios privados, satisfaciendo así las legítimas pretensiones de los que me honran con sus preguntas.

Un colegio privado estará legalmente constituido, si al erigirlo se cumplen las formalidades todas que exigen las leyes vigentes de Enseñanza respecto de los mismos, tales son, entre otras, la inscripción correspondiente en el Gobierno Civil y alza en la matrícula; la incorporación al Instituto General y Técnico de la provincia; la aprobación del Sr. Rector de la Universidad del distrito, previa la exhibición del oportuno expediente, que tramita siempre el Director del Instituto provincial; y que el claustro de Profesores lo formen los que la ley llama capacidades, o sease, individuos que tienen títulos académicos al efecto.

En los Colegios privados incorporados, se exige de ordinario siete de estos títulos, todos de facultad: taxativamente, uno de Filosofía y Letras y otros de Ciencias; los demás pueden estar relacionados con una u otra sección, tales como el de Abogado, Médico, Farmacéutico, etc.

Los profesores, es condición indispensable que residan en la población donde radica el Colegio, y que desempeñen las clases al frente de las cuales figuren, siendo abusivo por ende y denunciante que suceda lo contrario, esto es, que figuren en el obligado cuadro de Profesores quienes ni residen ni desempeñen las clases.

Los maestros de 1.ª Enseñanza oficial, subvencionados por el Estado, la Diputación o el Municipio, no pueden desempeñar el cargo de profesores en colegios privados incorporados, ni tener internado de 2.ª Enseñanza, porque ésto a más de prohibirlo la ley no se realiza nunca sin detrimento grave de sus deberes propios oficiales y sin protesta de los padres de familia que ven abandonada o por lo menos descuidada la instrucción y educación de su hijos.

Respecto al tiempo y forma de hacer la matrícula los alumnos de enseñanza no oficial, colegiada, puede verse el edicto que oportunamente se exhibe en la Secretaría del Instituto y estar a lo que se preveniga en el aviso que dirigirá la secretería de este colegio a los interesados.

Siendo ya demasiado prolijo este co-

municado, hago punto final, sin perjuicio de responder a otros particulares en el siguiente número, contando siempre con la amabilidad de V. a la que queda reconocido su affmo. amigo y compañero s. s. q. l. e. l. m.

BENITO NAVARRO.

LA MEDICINA

bajo el punto de vista social

En mi artículo anterior, quise probar la gran influencia de la Higiene en la Medicina. Para ello, me he valido de palabras que en lejana ocasión fueron pronunciadas en brillante conferencia por el ilustre Decano de la Facultad de Medicina de la Universidad Central, Dr. Calleja, con motivo de celebrarse por aquellas fechas en Madrid un congreso Internacional de esta materia.

En éste, abrigó el propósito de entrar más de lleno en lo que hace relación al título que encabeza, analizando la gran influencia que tanto el médico como la Medicina ejercen en el enfermo.

Todos como obreros, debemos contribuir al edificio social de la Humanidad, educando y desarrollando las células nerviosas, NEURONAS DE CILINDRO EJELARGO y CORTO, células del sabio maestro Ramón y Cajal, todos con sus expansiones protoplasmáticas, que muchas son a medida de cable eléctrico, los inductores de la vida de relación con el Cosmos.

En ciertas y determinadas enfermedades de tratamiento crónico, se necesita compaginar tres factores: SUJETO, MEDICINA Y TIEMPO; si el sujeto no ha de ser constante ni tiene fé en la medicina, vale más no vea al médico; la medicina necesita tiempo para obrar y situación financiera del enfermo; circunstancia ante la que se estrella casi siempre la Medicina y el médico, constituyendo una verdadera PANDEMIA NACIONAL.

En las circunstancias actuales, con la gran lucha militar de la Europa central, unos soldados caen heridos por el proyectil, y otros por la influencia de los infectos-agentes mortíferos BACILUS VIRGULA (según últimas noticias) COLIBACILLOS etc. etc., y otros, que más particularmente acaecen en los jefes y oficiales, de ser CARDIACO-AORTICOS y MITRALES con todo su cortejo sistemático dándoles al valor guerrero el abatimiento y agotándoles la paciencia que les extrema en su término.

En unos como en los otros casos, el médico ha de valerse de mil hábiles medios para apartar del enfermo las pesadillas de su enfermedad, cuya mortificante preocupación enflaquecen al paciente y le resta energía para conllevar su enfermedad, tanto más necesario de fuerzas, cuanto más vigor resta al organismo el fuerte azote de la enfermedad.

El médico dará ejemplo siempre de serenidad, y en los momentos críticos se acercará al enfermo con calma, aun cuando presagie graves cuidados. Nunca demostrará con gesto de alarma el estado del enfermo, ni con irreflexivas palabras hará confirmar al paciente los temores que pudiera concebir de su estado.

Los vómitos incesantes y la disnea excesiva acompañan al periodo avanzado de las alteraciones orgánicas del estómago y del corazón.

En los grandes dolores físicos como en los grandes dolores morales, la simpatía del médico con el enfermo es cuestión de importancia porque sirve en muchos casos de casi apreciable alivio en el proceso de su enfermedad, tanto mayor cuanto sirve al médico y al enfermo de lazo de unión para combatir la dolencia del uno con la fé que debe inspirarse en el otro.

Siempre que un enfermo presente

actual gravedad o aquélla se presente de inmediato, el médico se detendrá al enfermo y a la familia que en él depositare su confianza, no debiendo callar a ésta la verdadera gravedad del paciente, aún cuando haya de ser el número que sepan la gravedad del enfermo.

La elección de los remedios que han de constituir el tratamiento, ofrecen también al médico un elemento de acción sobre la parte moral del enfermo.

Cuando los síntomas disminuyen de un modo gradual, el enfermo concibe la esperanza de curarse, pero en estos mismos casos la confianza ayuda la acción de los mejores remedios.

Al mismo tiempo que se administra la quinina en la fiebre intermitente, el médico ayudará la acción del remedio, anunciando afirmativamente al enfermo que no se presentará el acceso siguiente.

Termino este punto diciendo que medicina moral es función que pone, propone e impone el bien con preferencia decidida a favor del bien general.

RAFAEL NEVADO

Impresiones sentimentales

Para mi buena amiga la Srta. Asunción...

El día 4 de mayo asistí en Sevilla al sepelio de una mujer a quien no conocí en vida.

Yo vi llorar a su hijo con amarga pena, cual un hijo debía llorar; después, al sacar el cadáver de la casa mortuoria, sentí el triste llanto de mujeres, parientes o amigas de la finada, y a pesar de condolarme el sentimiento del hijo y de aquellas mujeres que lloraban, no lo fué tanto como el que sentí al ver aquel ataúd cerrado, dentro del cual iba el cadáver de una madre.

Y si sentimiento tuve en ello, más grande fué el que sentí en el cementerio, cuando vi bajar a la fosa aquel féretro, y oír caer sobre las enlutadas tablas la tierra aquella que era santificada por cubrirse con ella aquel santo cadáver.

¡Madre! ¡Madre! ¡Qué sublime grandeza la de este nombre mil veces adorable!

Los cementerios, sólo se ven cuando contienen en su recinto un cadáver bendito de una de ellas. Los restos del hombre, la adolescente, la niña, de toda la serie de seres que constituyen la humanidad en su conjunto, no santifican la bendecida tierra de los cementerios, cual lo hace su cadáver al tocarla. ¡Benditas sean las madres y bendita la tierra que las envuelve después de muertas!

Si posible fuese medir el sentimiento humano en todas las edades y en todas las aflicciones, para el dolor supremo, para la infinita angustia de una madre ante el hijo enfermo o el hijo muerto, no habría medida alguna con que poder apreciarlo ni otro sentimiento con que acompañarlo que el de otra en iguales circunstancias.

A mí, teniendo el corazón endurecido por los desencantos, no todos los dolores me enternecen; pero las caídas lágrimas de una madre conmueven todo mi ser y, al oprimírseme el sentimiento subir a mis ojos la memoria de aquel dolor que llorar y llorar, no puedo sujetar sentidas lágrimas que escaldan mis mejillas, al mismo tiempo que daría algo de mi vida por enjugárselas.

Por casualidad en un periódico ilustrado he visto un grabado que, fijado en mi imaginación al igual que la escena de la madre muerta, ha constituido en mí tan persistente obsesión que, desde hace días, es mi constante pensamiento. Consiste en una fotografía que recoge una de esas escenas mudas y te-